

El Alma Pública

Revista desdisciplinada de psicología social



AÑO 4 | NÚM. 07 | PRIMAVERA-VERANO 2011 | \$85.00



El Alma Pública

Revista desdisciplinada de psicología social



Contenido

- 04 Presentación
- 09 *Balance de la sociología francesa*
CÉLESTIN BOUGLÉ
- 23 *Cadenas de rituales de interacción* de Randall Collins
JUAN SOTO RAMÍREZ
- 29 *La broma de utopía: guiño literario para la teoría política*
JOSÉ MORALES GONZÁLEZ
- 33 *Espíritu objetivo y realidad colectiva*
ALFREDO POVIÑA
- 41 *De historia, invenciones y psicociologías*
JAHIR NAVALLES GÓMEZ
- 53 *El psicoanálisis y sus expertos*
TONATIUH GALLARDO NUÑEZ

REVISTA EL ALMA PÚBLICA, año 4, núm. 7, primavera – verano 2011, es una publicación semestral editada por Angélica Bautista López. Concepción Béistegui núm. 1702, colonia Narvarte, Delegación Benito Juárez, C.P. 03020, Tel. 58044600, ext. 2764, www.elalmapublica.net, elalmapublica@elalmapublica.net. Editor responsable: Angélica Bautista López, Reservas de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2010-081810510200-102, ISSN: 2007-0942. Certificado de Licitud de Título y Contenido No. 14961, otorgado por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresa por Digicenter de México, S.A. de C.V., Avenida Plutarco Elías Calles núm. 1810, colonia Banjidal, C.P. 09450, Delegación Iztapalapa. Este número se terminó de imprimir el 18 de Noviembre del 2010 con un tiraje de 500 ejemplares. Distribuidor Angélica Bautista López. Concepción Béistegui núm. 1702, colonia Narvarte, Delegación Benito Juárez, C.P. 03020. Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos de la publicación sin previa autorización de Angélica Bautista López.

Directora editorial
Angélica Bautista López, UAM-I

www.elalmapublica.net

59 Trámites por existir

MARCO ANTONIO VICARIO OCAMPO

61 Perder las puertas, buscar las llaves

ÉRIK ALEJANDRO ALONSO LEÓN

65 El estilo de vida: corre que te alcanzo

KARINA N. GONZÁLEZ ZAVALA

71 Arte, espacio

VÍCTOR CASTRO SANTILLÁN

73 Narrar el acontecimiento: asombros,
desencantos y otras cotidianidades

RICARDO QUIRARTE MARTÍNEZ

87 Idea de vida: ensayos para una psicología de la cultura

VERÓNICA URZÚA BASTIDA



Consejo editorial

Salvador Arciga Bernal, UAM-I

Claudette Dudet Lions, UNAM

Pablo Fernández Christlieb, UNAM

Ma. de la Luz Javiedes Romero, UNAM

Gustavo Martínez Tejeda, UPN

Jahir Navalles Gómez, UAM-I

Rodolfo Suárez Molnar, UAM-C

Cuidado de la edición

Abdel López Cruz

**Composición tipográfica,
arte y diseño**

Verónica García Montes de Oca

Asistente editorial

Eduardo Toledo Escalona

**Fotografía de la portada
e interiores**

Gustavo Martínez Tejeda

Certificado de reserva a título de derechos
de autor: 04-2010-081810510200-102
ISSN 2007-0942

Cadenas de rituales de interacción

Randall Collins¹

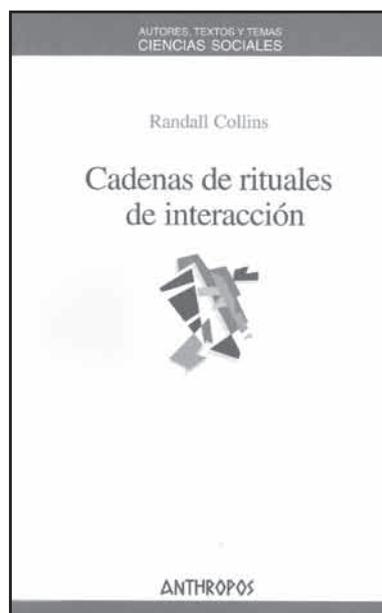
Reseña

JUAN SOTO RAMÍREZ²

Randall Collins, profesor de Sociología de la Universidad de Pensilvania desde 1997, señala en un pie de página de su magnífico libro *Interaction Ritual Chains*:

De niño pude observar a mi madre —quien, como esposa del cónsul general de los Estados Unidos en aquella legación de ultramar, era la anfitriona principal del cuerpo diplomático local— y ser testigo de cómo se entregaba con intensa efervescencia emocional al ciclo esperado de rituales de sociabilidad; pero se trataba claramente de una extenuante puesta en escena, como lo delataba su cambio de humor apenas la puerta se cerraba tras el último invitado; y periódicamente se concedía un receso y se marchaba a un hotel a leer novelas y a no ver a nadie durante una semana.

Y, palabras más, palabras menos, es una anécdota que ha referido varias veces como algo importante para mostrarse abierto a las ideas de Erving Goffman. De acuerdo con Randall Collins, transitar su infancia en el mundo diplomático le permitió conocer el alto contraste entre lo que ocurre en el escenario de manera formal e idealizada y lo que ocurre detrás. En efecto, el libro es una apuesta de llevar hasta sus últimas consecuencias el polémico concepto *ritual*: “Confieso ser uno de los peores pecadores: propongo que veamos rituales casi en todas partes”. Por tal motivo, no es un libro cómodo para los antropólogos sociales, quienes han gastado mucha saliva procurando diferenciar y especificar, a veces con sobrada expertez y finura, qué



debe considerarse ‘ritual’. No obstante, esta discusión es una de las que más se disfruta casi al inicio del libro cuando se define continuador de Durkheim y, obviamente, de Goffman, al subrayar la definición de ritual que adoptará, como un “mecanismo que enfoca a una emoción y una atención conjuntas, generando una realidad temporalmente compartida”.

¹ http://sociology.sas.upenn.edu/r_collins

² <http://juansotoram.es.tl/>

Aunque Collins apunta que el objetivo del libro no es pasar revista a toda la historia de la literatura sobre el ritual, la discusión sobre el concepto es fundamental pues la temática central del texto lo requiere; además, resulta fructífera para quienes no distinguen entre lo que se podría definir como ritual antropológico y ritual sociológico. Muchos antropólogos y sociólogos se enfrascan en discusiones bizantinas al respecto, descalificándose mutuamente, porque no reconocen esta sutil distinción. Cualquiera puede recordar que tal discusión era un lugar común a fines del siglo XIX. Para la sociología y la antropología, esta no es nueva. Para otras disciplinas, como la psicología social, quizá lo sea.

Aunque de manera muy rápida, Collins revisa el *ritualismo subcognitivo*, el *ritualismo funcionalista* y el *programa de búsqueda de códigos*, no sin antes exaltar las aportaciones de Goffman para el análisis del “nivel de los requisitos funcionales de la situación”, a pesar de que algunos hayan querido descalificarlo afirmando que en la mayoría de su trabajo no presenta datos materiales para contrastar sus afirmaciones. Para sorpresa de muchos, sobre todo para quienes consideran a Goffman un interaccionista, Collins difiere. Sostiene, entre otras cosas, que: “Goffman es un constructivista social —si bien piensa que los individuos tienen poco o ningún margen de acción respecto a lo que construyen—: la propia situación expresa las demandas que ellos se sienten impelidos a satisfacer”. Para clarificar un poco más, digamos que Collins considera que la “agencia” es siempre micro y la estructura se concatena en lo macro. De ahí que resalte la supremacía de las interacciones y las situaciones sobre las personas.

Collins destaca que los antropólogos consideran el ritual una parte de la estructura de la sociedad, incluso un aparato formal que mantiene su orden o algo que expresa su cultura y también una “puerta hacia algo más grande”. ¿Cómo lo concibe él? Como forma primordial de la acción microsituada. Y debe tenerse en cuenta que, para su enfoque microsociológico, la situación es el punto de partida explicativo, no precisamente las personas. Afirma que el punto fuerte de la tradición durkheimiana son sus aportaciones a la microsociología, no sus teorías sobre la integración social, lo cual le valió el rechazo y la desacreditación a Durkheim, así como el calificativo de evolucionista conservador. Con el desarrollo de la discusión, el lector identificará distintos tipos de ritual: verbal, de transición, de presentación, de elusión, rutinario, de decoro, de deferencia, de presentación, de evitación, de duelo, etc. Y siguiendo este modelo, se encontraría un sinnúmero de tipos de ritual en la vida cotidiana pues, desde el punto de vista de Collins, casi en cada reducto de la vida cotidiana se les reconoce.

Para desarrollar su modelo, el autor retoma algunos elementos imprescindibles de la concepción de Goffman. A saber: la *copresencia situacional*, la *interacción enfocada*, la *solidaridad social* y la *conformidad*, la *valoración social*, y la *incomodidad moral* que se produce cuando el decoro ritual se rompe. Se asume pues, en consonancia con Durkheim, que la sociología del ritual es una sociología de las congregaciones. Pero no al estilo del “epítome” de Le Bon. Las observaciones de Collins son totalmente acertadas cuando afirma que Durkheim no tacha de animalescas las reuniones grupales ni tampoco considera que rebajen a los individuos a un

Con el desarrollo de la discusión, el lector identificará distintos tipos de ritual: verbal, de transición, de presentación, de elusión, rutinario, de decoro, de deferencia, de presentación, de evitación, de duelo, etcétera.

nivel infrahumano. También señala que sería absurdo pensar que el individuo racional existe antes que la experiencia social y que las masas no pueden estar conformadas por individuos de nivel natural de racionalidad menguado. Más bien, para Collins, los rituales tienen un doble efecto estratificador: discriminan entre incluidos y excluidos y permiten, en todo caso, distinguir entre líderes y seguidores. No se trata de una versión bestializante de los individuos, como en el caso de la postura de Le Bon, sino, por el contrario, de la posibilidad de entrar en contacto con otros y, por ende, en interacción; precisamente lo que nos vuelve personas.

Así, la teoría de los rituales de interacción sería una propuesta situada entre el posmodernismo y las teorías afines, por un lado, y las visiones culturalistas, por el otro. Las primeras postulan que todo es flujo situacional de significados e identidades. Las segundas sostienen la existencia de guiones y repertorios fijos a los cuales se recurre repetidamente. Para Collins, a diferencia de Bourdieu, por ejemplo, la experiencia ritual intensa crea objetos simbólicos nuevos y genera energías que impulsan, en su caso, cambios sociales. Bourdieu, por su parte, evitó la utilización del término *código* y lo sustituyó por el *habitus*. Los rituales de interacción para Collins son experiencias formativas significativas. Las congregaciones no son, en esta perspectiva, bestializantes ni deformadoras de conciencias, sino la posibilidad de adquirir una personalidad; no en



Randall Collins (1941).

la forma simplista en que G. H. Mead lo plantea, sino en el sentido de la necesidad del individuo de servirse de los demás para completar su imagen de sí mismo. A diferencia de la propuesta de Freud, que destaca las experiencias de la primera infancia, la teoría de los rituales de interacción propone: *a)* que la socialización temprana no dura para siempre; y *b)* que las energías emocionales y los sentidos simbólicos que no se reviven se marchitan. Es decir,

contradice acertadamente la idea generalizada, herencia de la teoría freudiana, de que infancia es destino. Collins sostiene que su teoría “no modela un autómata que, programado al comienzo de su vida, ejecuta perpetuamente el patrón que una vez le inculcaron”, sino que es una teoría de la “situación-tras-situación”. Seguir pensando que somos una especie de autómatas que se “programan” en los primeros años de vida, además de ser absurdo, niega tajantemente la forma en que los sentimientos de membresía grupal, los símbolos de los valores sociales y las energías emocionales cobran sentido en nuestras vidas.

Para Randall Collins existen dos elementos que componen un ritual de interacción, en este sentido podríamos asumir que se trata de un modelo causal. Por un lado, separa los ingredientes del ritual y, por el otro, sus efectos. Con el más puro estilo goffmaniano, asume que el encuentro cara-a-cara es fundamental para la interacción; podríamos decir que se trata de un punto de vista clásico. Otro ingrediente de dicho ritual son

Collins sostiene que su teoría “no modela un autómata que, programado al comienzo de su vida, ejecuta perpetuamente el patrón que una vez le inculcaron”, sino que es una teoría de la “situación-tras-situación”.

las “barreras excluyentes” (también podrían llamarse *incluyentes*), que distinguen quiénes participan en aquel y quiénes se quedan fuera. El siguiente elemento es el “foco de atención”, o lo que permite adquirir una conciencia conjunta del mismo “foco”; tal adquisición conduce a estados emocionales compartidos, el cuarto ingrediente del ritual. No obstante, sin menoscabo de la calidad del libro, no se explica del todo, o al menos no satisfactoriamente, cómo se alcanzan estados anímicos similares o cómo los participantes de un ritual de interacción logran las mismas experiencias emocionales. Sin embargo, esta especie de “automatismo” de corte explicativo es común en la mayoría de los textos, estudios e investigaciones sobre grupos, masas, muchedumbres, públicos, colectividades, etcétera.

Según Collins, los rituales de interacción tienen cuatro efectos principales: solidaridad grupal (sentimientos de membresía), energía emocional individual (confianza, contento, fuerza, entusiasmo e iniciativa para la acción), generación de símbolos que representan al grupo (por ejemplo, emblemas) y sentimientos de moralidad (lo que permite que respeten sus símbolos y propicia su defensa en caso de trasgresión). Es claro que, para Collins, las amenazas a la solidaridad grupal

o los ultrajes a sus representaciones simbólicas son potenciales detonantes del conflicto o la violencia, lo cual constituye una diferencia total respecto a las perspectivas tradicionalistas, en las cuales se sustenta la caracterización los comportamientos y de ciertos fenómenos colectivos. No se puede interpretar a las masas tal como lo hizo Le Bon a finales del siglo XIX; a más de cien años es necesario pensar en los fenómenos colectivos de otra forma. La teoría de los rituales de interacción arroja abundantes elementos para ello y para desechar la creencia de que el individuo se vuelve irracional cuando está en multitud. Collins apunta, precisamente, que los ejemplos de Goffman se refieren a los breves encuentros sociales y en pequeña escala, pero sostiene que “a una escala mayor, de grupos públicos, se actúan rituales espontáneos, como ocurre con las situaciones políticas y militares —análogas a rituales religiosos— que Durkheim pone como ejemplo”. Al analizar los “rituales naturales” y los “rituales formales”, se evidencia que no todos alcanzan gran intensidad ni generan símbolos o sentimientos de membresía. Son más eficaces estos que aquellos, fenómeno relacionado con la estratificación situacional, tema que también se discute en el libro. A estos dos tipos, Collins suma otro que no deja de





llamar la atención, los “rituales forzados”, o en los que el individuo debe fingir sincero interés (por ejemplo, la vida diplomática). Y es precisamente cuando habla de la “fatiga de interacción”, la que obligaba a su madre a aislarse en un hotel, sola, después de estar inmersa en el mundo diplomático de su marido.

El lector encontrará numerosos ejemplos útiles a los más diversos fines. Más que preocupado por diseñar un *software* (hoy tan de moda), hay que aplaudirle a Collins que recurra a la metainvestigación y ofrezca los resultados de sus investigaciones. Su modelo es idóneo para incluir elementos teóricos y prácticos con los cuales desarrollar proyectos y programas de investigación; en ese sentido, el libro es prolífico, pero también lo es porque ofrece una discusión teórica solvente y rigurosa sobre temas que implican directamente a los psicólogos sociales y a los sociólogos. *Cadenas de rituales de interacción* es muy recomendable para los psicólogos

que imparten cátedra de psicología social y que aún no tienen clara la diferencia entre una y otra; no obstante, es un excelente pretexto para echar a andar discusiones en materia antropológica que se creían viejas. Pero eso sí, no es para desesperados: requiere una cautelosa revisión, sobre todo por la maravillosa información que ofrecen los pies de página y la riqueza de sus ejemplos, meticulosamente seleccionados, sello distintivo del estilo de Randall Collins.

Por supuesto, no faltan las ideas polémicas: que los sistemas nerviosos se sintonicen para ganar intensidad en el ritual de interacción y que por ello la presencia física sea imprescindible o que se asocie intimidad con “mente individual”, por mencionar un par. Pero más allá de sumergirse en esta lectura para encontrar los elementos discutibles, se agradece a Collins su explicación de las emociones fuera del ámbito médico y lejos de la noción decimonónica de “contagio”, lo cual

se echa mucho de menos en la sociología y en la psicología social.

Asumir que las emociones son procesos sociales es, en sí, un gran logro; brindar herramientas metodológicas para determinarlo a partir de una simple conversación es un salto epistemológico y metodológico genial. Al reconocer que los rituales de interacción pasan por el cuerpo y que la presencia física es imprescindible para la interacción, Collins supera los análisis convencionales de la conversación (distintos a los análisis del discurso) en tanto que para él no hay texto sin cuerpo. Es pertinente recordar que, para muchos analistas del discurso y de la conversación, el cuerpo se desdibuja y el “texto” se convierte en una realidad suprema. Texto sin cuerpo. Texto sin persona. En la apuesta intelectual de Collins no ocurre así: el “pecado de la carne” es necesario, imprescindible y fundamental. Toda interacción pasa por el cuerpo, algo obvio y lógico, pero que muchos han olvidado, empecinados en transcribir entrevistas o “textos” para después analizarlos de diversos modos y con variados recursos técnicos y herramientas de apoyo en la investigación.

Aunque la primera edición en inglés se publicó en 2005 y la primera en castellano data de 2009, no está de más invitar a los jóvenes y no tan jóvenes a leerlo, ya que es un microcosmos de datos útiles para cualquier investigador, apuntando que el proemio que an-

tecede al prefacio se puede evitar sin riesgo de perder algo interesante. Se podría decir que esta obra trata de *microsociología* radical, aunque solo la primera de sus dos partes lleve este nombre; en la segunda se brindan aplicaciones, con ejemplos abundantes; versa, pues, de psicología social teórica y aplicada. Cabe señalar, sobre todo a aquellos que se espantan ante la palabra *microsociología*, que no se trata de una psicología social bañada del recalcitrante individualismo metodológico, sino de microsociología radical centrada en las interacciones y las situaciones, no en las personas ni en los individuos; su núcleo son situaciones reales de interacción, por lo cual carece de ejemplos tipificados. El libro se disfruta de principio a fin; sus capítulos deben leerse en orden —sin duda el relativo a la interacción sexual es el preferido de los estudiantes, aunque deben llegar a él con paciencia—, porque de otro modo difícilmente se comprenderán el modelo y la propuesta de la teoría de los rituales de interacción. *Cadenas de rituales de interacción* no puede faltar en los estantes de los psicólogos sociales. 

Collins, R. (2005). *Cadenas de rituales de interacción*, Barcelona, Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco/Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Ciencias Políticas y Sociales/Universidad Nacional de Colombia, 2009.

Uno puede decir con toda tranquilidad que el Universo no tiene ningún sentido. Nadie se enfadará. Pero si se afirma lo mismo de un sujeto cualquiera, este protestará e incluso hará todo lo posible para que quien hizo esa afirmación no quede impune.

Émil Michel Cioran

Colaboradores

Juan Soto Ramírez. Profesor Titular en el Departamento de Sociología de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa.

José Morales González. Profesor Investigador en la Universidad de Puerto Rico. Licenciado en Psicología por el ITESO, Doctor en Psicología Social por la Universidad Autónoma de Barcelona.

Jahir Navalles Gómez. Profesor Asociado en el Departamento de Sociología de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa.

Tonatiuh Gallardo Núñez. Psicoanalista en formación / Licenciado en Psicología por la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México / Estudiante de la maestría en Filosofía de la Ciencia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Marco Antonio Vicario Ocampo. Facultad de Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Érik Alejandro Alonso León. Facultad de Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Karina N. González Zavala. Licenciatura en Psicología Social de la UAM Iztapalapa

Víctor Castro Santillán. Facultad de Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Ricardo Quirarte Martínez. Egresado de Psicología en el ITESO en Guadalajara, Jalisco, México / Diplomado de SOGEM, escuela de escritores / Máster de Investigación en Psicología Social en el Departamento de Psicología Social de la Facultad de Psicología de la Universitat Autònoma de Barcelona.

Verónica Urzúa Bastida. Licenciada en Psicología Social y candidata a Maestro en Psicología Social por la Universidad Autónoma de Querétaro (UAQ) / Imparte cursos en línea en la Universitat Oberta de Catalunya (UOC) / Colaboradora en el Observatorio para la CiberSociedad / Colaboradora contingente en la sección cultural en el periódico *El Financiero*.



PARA CRÍTICAS, COMENTARIOS, SUGERENCIAS Y ADQUISICIÓN DE NÚMEROS ATRASADOS, FAVOR DE ESCRIBIR A elalmapublica@hotmail.com o elalmapublica@elalmapublica.net



DE VENTA EN LIBRERÍA GANDHI, MIGUEL ÁNGEL DE QUEVEDO

WWW.ELALMAPUBLICA.NET

REVISTA EL ALMA PUBLICA



7 151060 001551